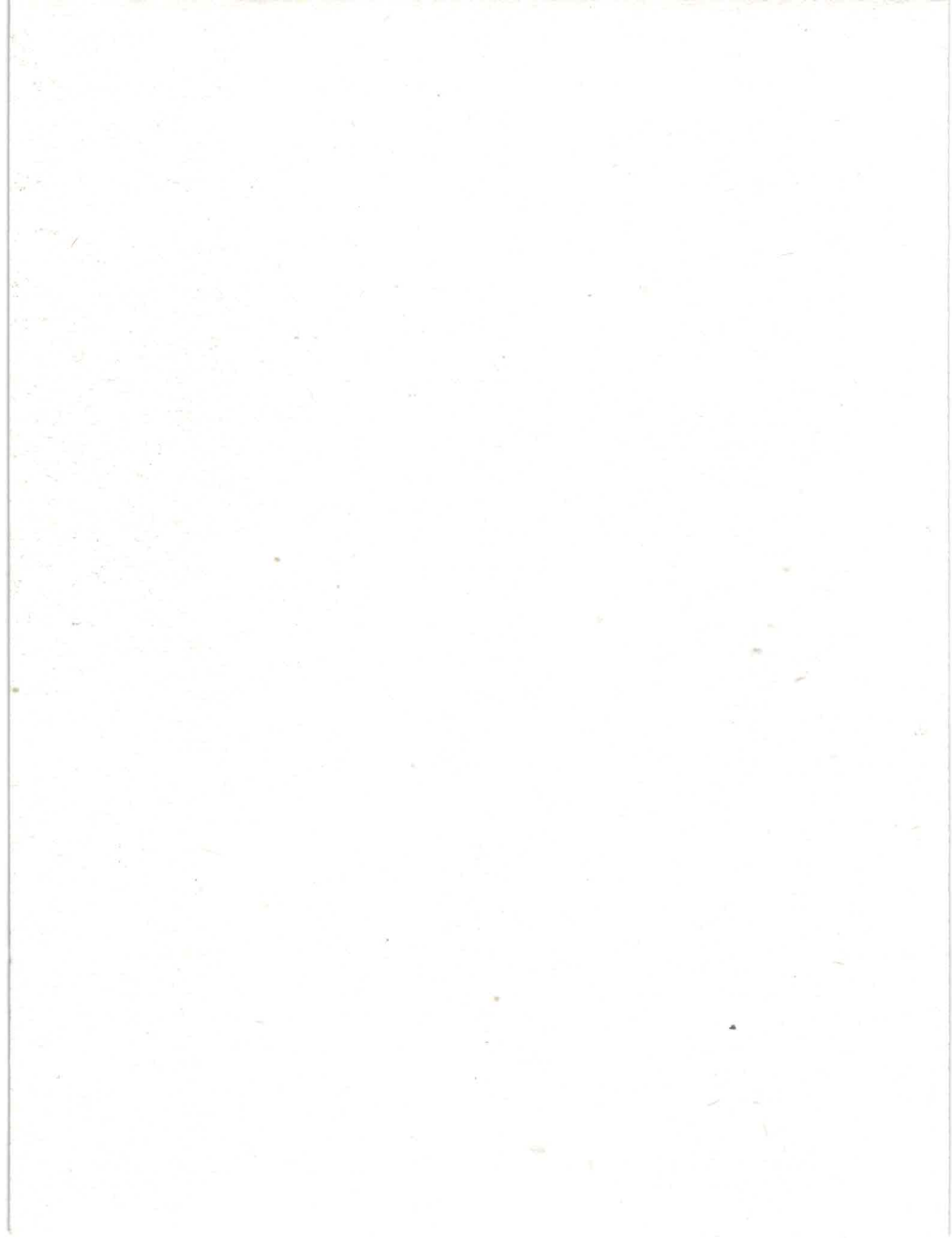


*Vida de
Santo Tomás de
Canterbury*





SANTO TOMAS DE CANTERBURY

RAFAEL M.^a LOPEZ-MELUS, carmelita

**APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA**



Un rey arrepentido

Los historiadores llaman «el mayor acontecimiento de la historia» del siglo XII éste con el que damos comienzo a esta historia del Santo Obispo de Canterbury... Desde luego es algo que impresiona tan sólo el recordarlo:

—¿Por qué se azota tan bárbaramente el rey, papá?
—preguntaba un niño a su padre.

—¿Estará verdaderamente arrepentido el monarca?
—comentaban los hombres y mujeres al verlo vestido de saco, desnudos sus muslos y espaldas y recibiendo centenares de duros azotes...

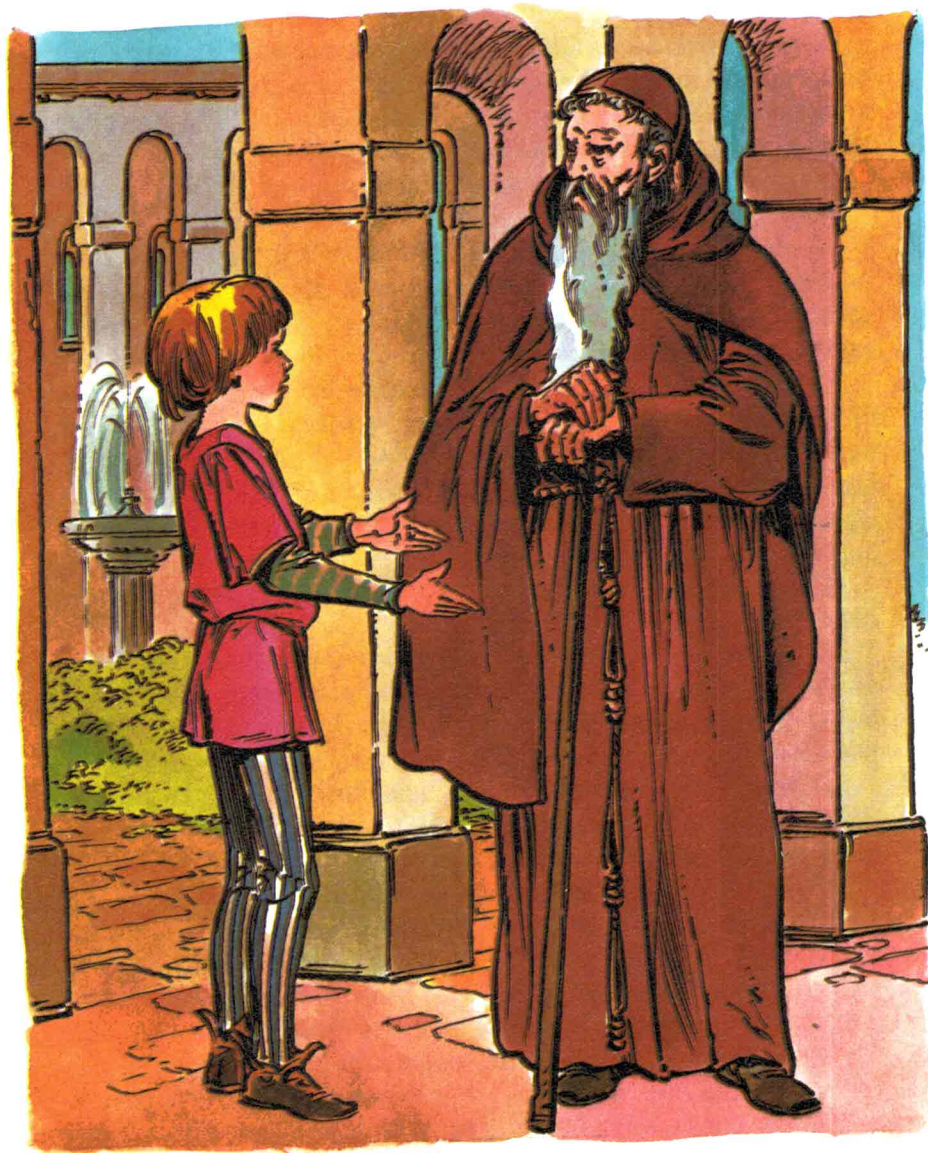
—¡Bien merecido tiene el Monarca estos azotes que recibe ahora por el crimen que ha cometido!... Grandes fueron sus pecados, pero ahora es también muy grande la penitencia que voluntariamente se ha impuesto. Tenemos un monarca que, aunque ha sido pecador, ahora se arrepiente de sus pecados como hizo en su tiempo el rey David...

Eran unos prelados los que así comentaban lo que atónitos estaban contemplando con sus propios ojos...

Todo había sucedido así, como veremos: dos grandes amigos; por la entereza de uno y por su fidelidad a la Iglesia, había sido asesinado vilmente por unos esbirros instigados por el mismo rey, que otrora fuera su gran amigo...

Dos años después de este vil asesinato el Papa, que también estaba metido en este conflicto, lo canonizaba como modelo de fidelidad y entereza de fe cristiana.

Todo esto sucedía: La muerte el 29 de diciembre de 1170. La canonización por el Papa Alejandro III el 2 de febrero de 1173 y en julio de 1174 la comitiva del impío y ahora arrepentido rey Enrique de Plantagenet que se dirigía a la Catedral y allí se desnudaba de sus regias vestiduras y en presencia de los obispos y de los grandes de la Corte Imperial, mandaba que lo azotasen bárbaramente ante el sepulcro de quien fuera su gran amigo y después a quien él dio muerte...



Pobre y rico a la vez

Este hombre que no quiso casarse nunca con la injusticia y con la opresión, que fue uno de los caracteres más valientes y decididos que recuerde la historia y que las obras que hacía solamente podían estar guiadas por el Espíritu Santo, se llamó TOMAS BECKET o de Canterbury, porque será donde pasará los años más duros de su vida y la sede a la que tanto amará que por ella dará su vida.

De él se han escrito historias y novelas maravillosas. Toda su vida parece una novela apasionante.

El mismo inmortal Bossuet le llamará «el mártir de la disciplina» y sobre él escribirá una biografía que no puede leerse más que de un tirón...

Había nacido el 1118, el mismo día de Santo Tomás, y aunque oriundo de burgueses normandos, vio la luz primera en Londres, hijo del serf de la ciudad.

Sus padres, que eran buenos cristianos, le entregaron para su educación, como era uso en la época, a los monjes de la abadía de Merton. Con ellos va forjando su carácter...

Cierto día pregunta a un monje que se encuentra por el claustro:

—Oiga, Padre, ¿hay que decir siempre la verdad?

—Sí, hijo mío, aunque por decirla nos viniera la muerte. Sobre todo cuando esta verdad, por no decirla hiciéramos daño a un tercero.

El niño no olvidará nunca estas palabras...

Quedó huérfano. Marchó a París y a Bolonia a estudiar leyes..., y aquí, aunque participaba de las bagatelas de sus amigos, jamás mancilló su alma con el pecado ni se entregó a los vicios que algunos de sus amigos hacían. Todos admiraban su formalidad y entereza de carácter.



Es todo un caballero

Vuelto a su patria, empieza a subir el escalafón de la carrera eclesiástica donde ha visto que el Señor le llama y muy pronto es ordenado diácono —1154— y después es nombrado arcediano de la Iglesia.

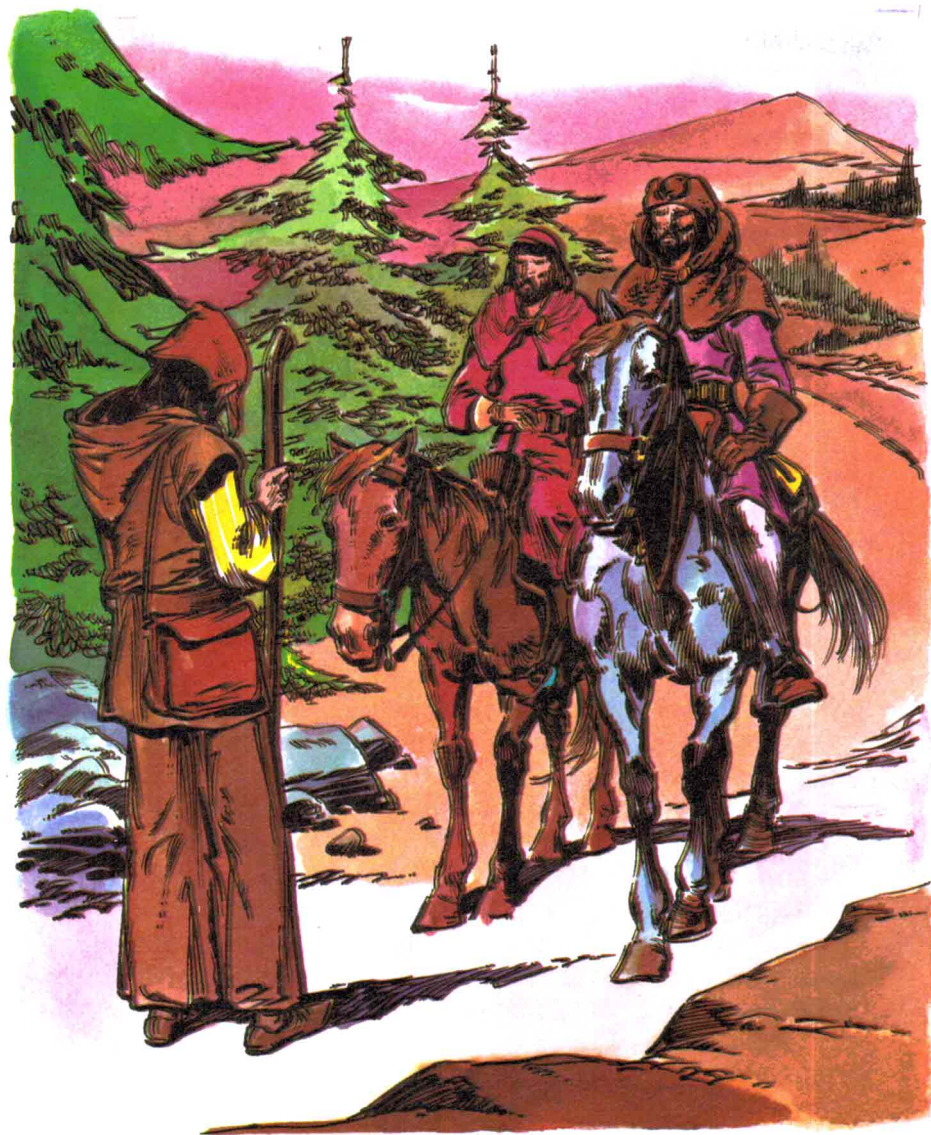
Tiene fama de que es un gran diplomático y que sabe las leyes mejor que nadie en el imperio. Su nombre y prestigio aumentan de día en día...

El arzobispo de Canterbury ha tenido suerte de dar con un hombre de tanta valía... Le encomienda difíciles empresas ante el Rey y ante el mismo Vaticano. Al llegar al Vaticano llama la atención por sus finos modales, de su gran talla diplomática y porque no es fácil convencerle de lo contrario que él piensa. Es todo un hombre de carácter...

El será quien impondrá su gran influencia para que a la muerte del rey Esteban recaiga la corona de Inglaterra sobre las sienes del hijo de Matilde, la hija del difunto rey Enrique y ahora casada con el conde de Anjou.

Este hijo de Matilde, Enrique de Plantagenet, era un hombre de pequeña estatura pero robusta, de preclara inteligencia pero de carácter sumamente colérico y se dejaba llevar por una pasión de ambición desmesurada que le llevará a la ruina...

Pronto supo descubrir las enormes cualidades del joven jurista y sacerdote Tomás Becket y le nombró su primer ministro o canciller del reino. Su amor hacia él eran patentes y conocidos por todos. Le envió a París con una misión muy delicada y quedaron todos atónitos ante su presencia y ante sus modales y sabiduría y decían: «Es todo un caballero. Esconde una gran personalidad»...



Pobre y mortificado

El joven canciller se ve obligado muy a pesar suyo a llevar una vida principesca que no va con él... Fiestas, cacerías, juegos, comilonas... A todos, con todo, llama la atención aquel joven: alto, elegante, formal, sabio... El rey no sabe dar un paso sin contar con el consejo de su Canciller.

Es muy frecuente que a la mitad de la comida del Ministro llegue el monarca y se ponga a comer en su mesa. Se les ve cabalgar juntos, ir de cacería... Los ingleses gozan de ver aquella amistad porque ven que ello redundará a favor de la corona y a la seguridad de la Patria...

Un día yendo de caza, se les acerca un mendigo. El pobre hombre no sabe con quién está tratando:

—Oye, Tomás, mira ese mendigo, ¿no te parece que sería una buena obra de caridad darle un buen capote para que no pase frío?

—Sí, majestad. Creo que le haríamos un gran bien.

Tomás, entrégale tú esa pelliza de color escarlata tan bella que llevas... —y hace ademán de tratar de quitarla de las espaldas del joven Tomás...

—Pero, majestad, ¿no ve que yo ahora quedo sin nada?

—Ya te comprarás otra. No quiero privarte de ganar esta obra buena que haces con este pobrecillo...

Tomás detrás de estas escenas y vida principesca pasaba largas horas entregado a la oración y a la penitencia... En su palacio se llevaba una vida austera y mortificada y había dado órdenes de que nunca ningún pobre marchara de la casa sin limosna... y que la mesa fuera austera como correspondía a un eclesiástico...

Las paredes de Merton sabían mucho de las disciplinas que recibían las carnes del joven canciller...



El flamante arzobispo

Así pasó a las órdenes del Rey Enrique durante ocho años viviendo a su lado y defendiendo los derechos del Imperio, pero tratando de no interferir en los derechos de la Iglesia ni de otros estados. Para Tomás era la justicia un derecho ineludible y un deber de parte de todos de respetar las propiedades y los derechos adquiridos como cosa sagrada...

El 1162 murió el arzobispo de Canterbury, Teobaldo, y el ambicioso rey Enrique, que a pesar de haber vivido tanto tiempo al lado de su buen amigo Tomás no llegó nunca a conocerle del todo, trabajó cuanto pudo por hacer que el sucesor de Teobaldo en el arzobispado fuera su flamante Canciller. Así, se decía de él, uniremos en una sola las dos cosas, los dos poderes: El Estado y la Iglesia.

No sabía con quién se las iba a jugar...

Corría la voz ya por el imperio de que el rey tramaba este nombramiento. Tomás no se lo podía imaginar, ya que conocía muy bien al rey y se conocía a él mismo. El sería intransigente con las pretensiones del monarca y si él creía que iba a jugar con él..., se engañaba de medio a medio.

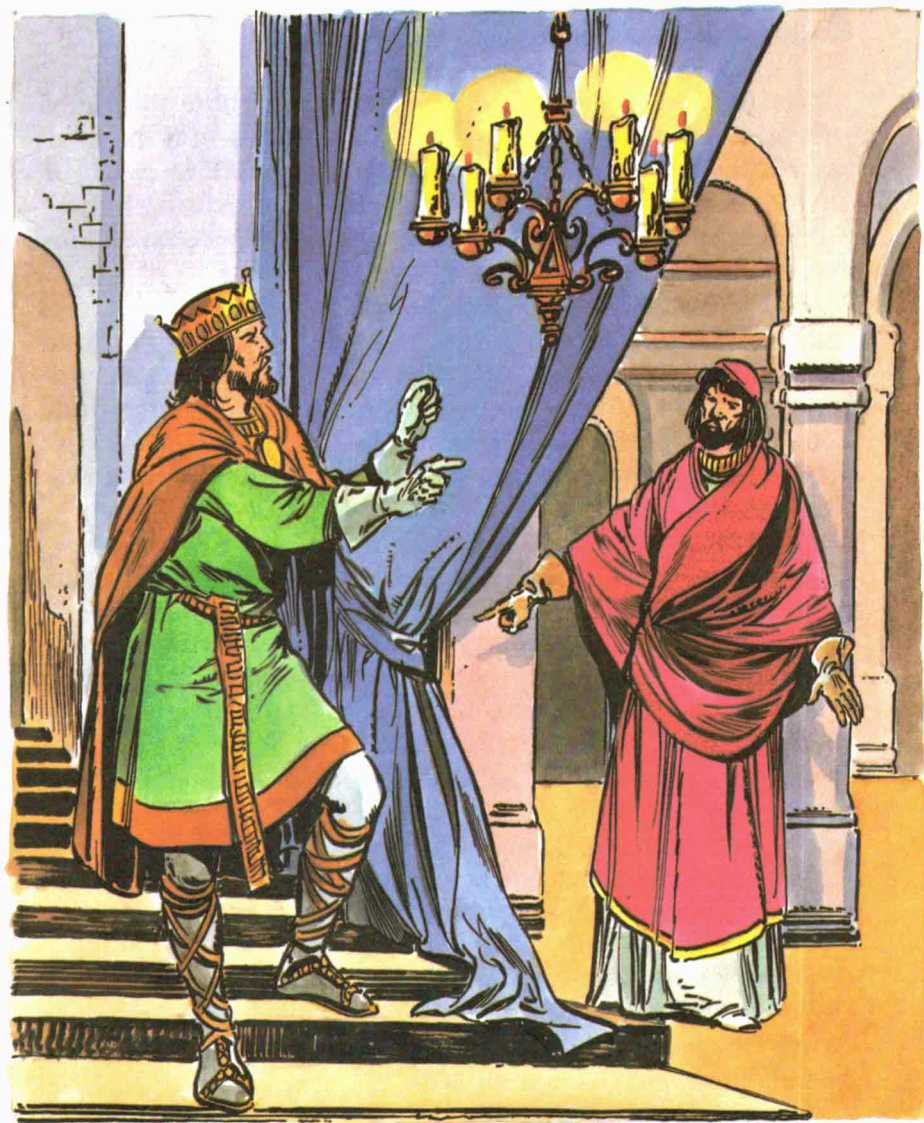
Cierto día le dijo el rey Enrique:

—Quiero que aceptes en señal de mi gran amistad el Primado arzobispal de la Sede de Canterbury.

—No, de ninguna manera, majestad.

Pues yo insisto en que lo hagáis. ¿No os imagináis lo mucho y bien que podemos trabajar por Inglaterra ambos unidos?

—Pues mirad, si insistis no digáis después que no os lo advertí. El favor que os parece me otorgáis ahora se convertirá después en odio hacia mi persona porque sobre cosas de Iglesia tenéis pretensiones que yo no comparto.



Los amigos se distancian

Las cosas empezaron a cambiar al poco de subir a la Sede Arzobispal el Canciller Tomás...

Bajo los atuendos de flamante Canciller se escondían costumbres y virtudes de asceta y virtudes de justo y amante clérigo...

El clérigo empezó a dar vida a aquella persona y se olvidó por completo de lo que antes había sido: Canciller y hombre de la corte...

Trató de poner las cosas en su sitio y de guardar las debidas distancias y dar a cada uno lo que le correspondía...

Muchas veces la sagrada Escritura canta la verdadera amistad y la presenta como el mayor tesoro que puede encontrar un hombre: «El mejor tesoro es un buen amigo». Tomás fue buen amigo y fiel servidor del monarca Enrique pero no parece habría que afirmar lo mismo de parte del emperador ambicioso y altanero...

Si la amistad hubiera sido sincera hubiera sabido cortar a tiempo su ambición y le hubiera interesado más tener a su lado a su amigo que no desprenderse de él para abarcar más y tener más ocasión de agrandar su poder y sus riquezas a costa de quien creía que fácilmente podría sobornar y así conculcar los derechos de la Iglesia... Pero se equivocó terriblemente...

El carácter colérico de Enrique antes un tanto contenido por la suavidad y bondad de su Canciller ahora se manifestó tal como era contra el mismo Tomás.

No podía sufrir que le llevase la contra y que no se hiciese todo como él lo mandaba. «El Arzobispo anterior—decía él—se subyugaba a mis deseos y éste que lo he colocado yo, no. ¿Por qué? Me las ha de pagar...»



En defensa de su pueblo

Era natural que la primera contienda entre ambos fuera sobre algo en que tuviera parte el dinero, los intereses y la ambición de Enrique...

Pronto el monarca dio una orden por la que se obligaba a pagar dinero al fisco de algunas tierras que tenían privilegio de no hacerlo. Eran algunos señores y el clero. Para estudiarlo convocó una asamblea...

Allí estaban todos reunidos llenos de miedo... Nadie se atrevía a hablar delante del rey. El arzobispo tomó la palabra y dijo:

—Señor rey, vuestra alteza no puede apropiarse ese dinero.

—¡Pero ¿de dónde viene este atrevimiento de contradecir mis decretos? ¿Qué arrogancia es ésta, señor Arzobispo?

—Por el mismo juramento. Juro ante esta asamblea que ninguno de los terratenientes de mis iglesias entregará una sola moneda a vuestro fisco...».

La cosa de momento no pasó de ahí, pero todos sabían que el rey no pararía hasta conseguir lo que pretendía.

Pronto dictó una nueva ley por la que obligaba a los eclesiásticos a ir a los tribunales civiles si no pagaban al fisco...

Se levantó todo el clero en masa porque aquello era un atropello. Siempre había sido privilegio respetado por todos que el clero era juzgado en tribunales eclesiásticos y no civiles...

Como el alboroto fue tan mayúsculo Enrique cede y aparentemente todo vuelve a su cauce... pero había de ser por muy poco tiempo porque Enrique intentaba salir con la suya y hacer cuanta guerra pudiera al Arzobispo...



Castigo a su debilidad

Las cosas se ponen cada día más difíciles... Los dos poderes, el eclesiástico y el civil, se ven divididos y hasta encontrados. A Tomás solo le interesa una cosa: que se salve la justicia y que no sea oprimido el pueblo. Al monarca también le interesa una sola cosa: Medrar, crecer en dinero y en mando...

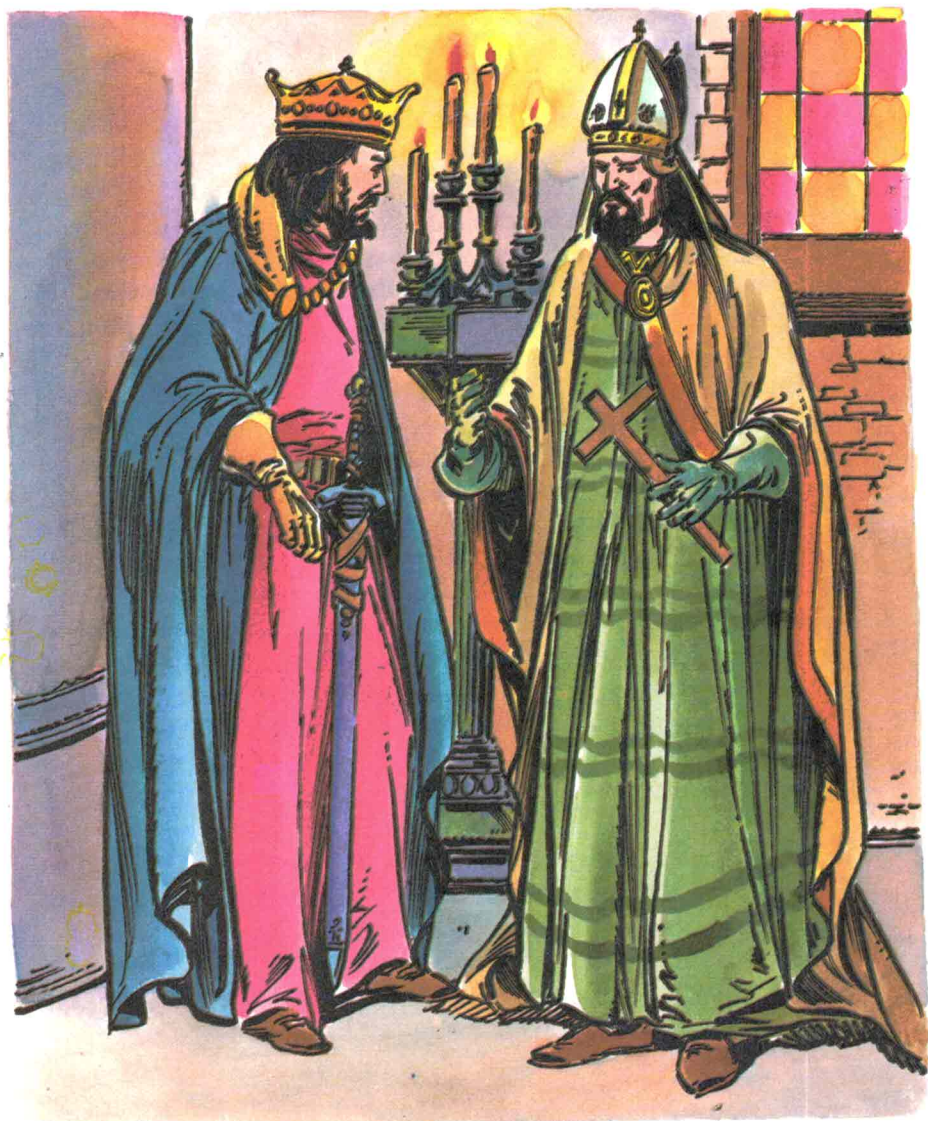
Como aquello no lleva trazas de arreglarse interviene el Cardenal Legado del Papa Enrique de Pisa... y por fin se llega a un arreglo:

Becket cede con tal de que sean «observadas ciertas promesas y costumbres antiguas»... y pensando en que la buena fe del monarca que dice tener se cumplirá en esta ocasión, echa su firma y accede en el famoso tratado de Claredón.

El rey se siente satisfecho. Expide un documento en el que se recogen dieciséis puntos... Pronto le hace renunciar al antiguo Canciller a varias prebendas y privilegios que desempeñaba la Iglesia desde siempre... Le hace comprender que lo que habían firmado era una mera fórmula para salir adelante pero que no pasará de ser un papel mojado y sin valor alguno. El obrará a su antojo y como mejor le vaya a la corona... Quiere que intervenga Roma, pero ve titubeante al Papa en esta ocasión y, se queda solo el pobre Arzobispo...

La angustia que llena su corazón es enorme. El mismo se echa la culpa al pensar que fue débil al firmar aquel tratado en el que se ocultaba las pérfidas intenciones del rey...

Se siente culpable como cabeza de la Iglesia de Inglaterra por haber sido débil y ceder. En castigo se retira cuarenta días sin celebrar... y pide perdón de su debilidad al Papa...



Después de Dios mi único juez es el Papa»

Una vez obtenido el perdón de Dios, después de su dura penitencia y de la bendición del Papa que le llega desde Roma por medio del Legado pontificio... el valiente arzobispo, el día del mártir San Esteban, 26 de diciembre de 1164, después de celebrar la Santa Misa, coge la cruz procesional y, acompañado de unos clérigos, valiente él, se dirige al palacio imperial y a la puerta grita llamando al monarca:

«Majestad, adjuro el tratado de Claredón. Aquello fue todo una farsa por parte suya. Sabedlo cierto: No acepto vuestras ilegítimas pretensiones y menos vuestros injustos juicios. Después de Dios, mi único juez es el Papa».

A la mañana siguiente se viste de simple frailecillo y escapa desde el puerto de Sandwich rumbo a Francia a un destierro que durará seis años largos...

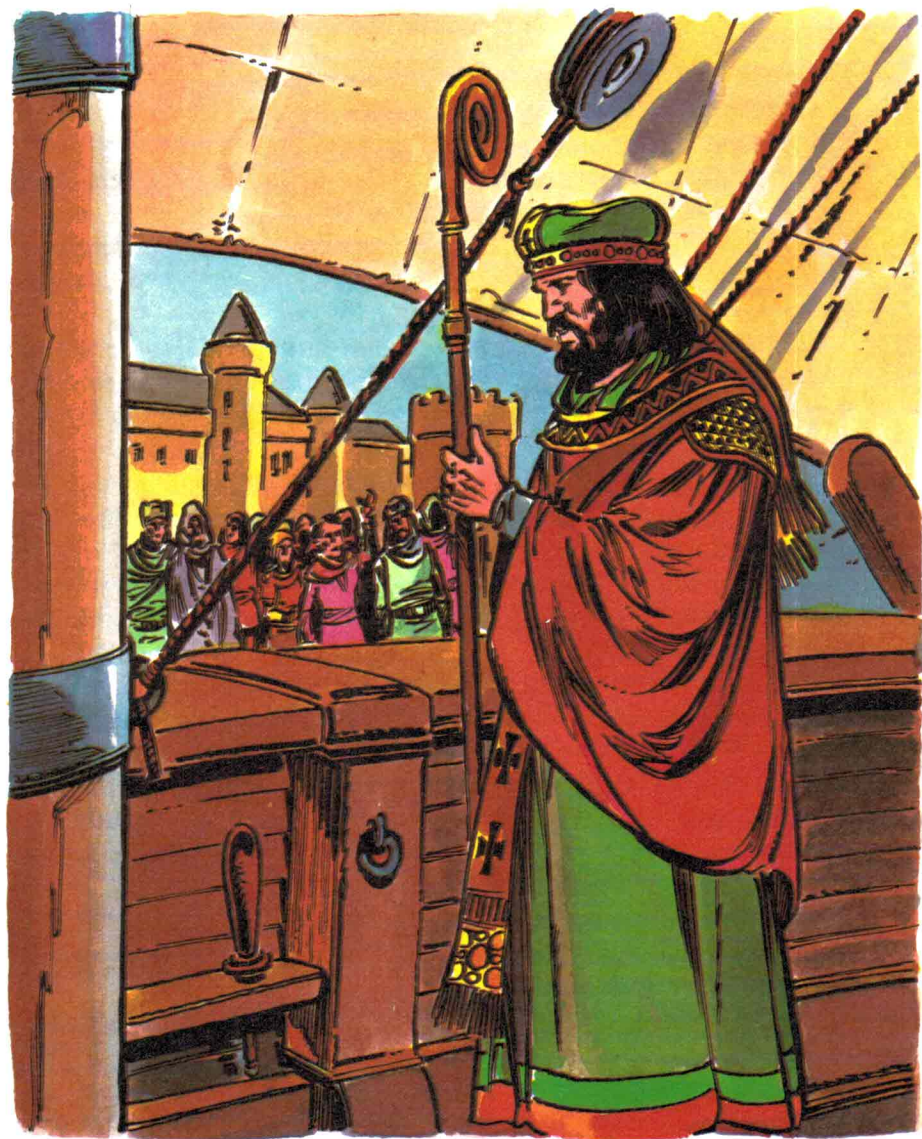
Allí fue recibido con toda clase de honores y tenido como un santo mártir desterrado, por el rey Luis VII y en Roma por el Papa Alejandro III.

El malévolo rey Enrique hará cuanto pueda por desprestigiar al santo Arzobispo y escribirá y mandará emisarios ante el rey y el Papa para que castiguen al «ex arzobispo De Canterbury»... Pero el mismo rey Luis le dirá:

«¿Por qué le llamáis ex arzobispo? ¿Quién lo ha depuesto? Ciertamente no el Papa y yo también soy rey y no puedo deponer al más joven de los clérigos...»

Mientras, el santo Arzobispo se entrega en un convento cisterciense a la oración y a la penitencia siendo la admiración de todos aquellos monjes...

Son días en los que madura en virtud y se fortalece su fe y esperanza...



Legado pontificio

Fueron muchas las presiones que el rey Enrique recibía de los de dentro y los de fuera de su imperio y aceptó también —siempre con intenciones de sacar mayor partido para sus intereses egoístas— la vuelta a la Patria de su antiguo Canciller y amigo y hoy el más escarnizado de sus enemigos, Tomás Becket.

Pasan muchas cosas desde que Tomás se desterró voluntariamente a Francia. Ha intervenido el Papa... Ha tratado de suavizar las esperanzas... El rey ha suspendido de sus cargos a los que eran fieles al arzobispo desterrado. El arzobispo por su parte ha suspendido a divinis a los obispos y clérigos que eran fieles al rey... Aquello es un caos...

Por fin el Papa trata de ver una solución nombrando como su Legado ante el mismo rey a Tomás Becket... y así se lo comunica oficialmente a ambos: Al rey y al Arzobispo...

Desembarca en Sandwich y allí le esperan multitud de fieles hijos que lo llevan en procesión triunfal hasta su Sede de Canterbury...

Es lógico que allí no estén presentes los enemigos del Arzobispo que son, es lógico, los amigos del rey...

Las cosas se ponen mal... Los espíritus están encrespados... El Arzobispo pide ser recibido por el rey y éste no le da audiencia. El Arzobispo exige que le sean devueltas a la Iglesia las tierras y demás posesiones que le han sido usurpadas...

El rey se hace el sordo y los ánimos cada vez se electrifican más y más. Todos piensan que la cosa es inminente.



La fiesta de Navidad de 1170

El rey Enrique se cree que ha ganado la batalla. Por ello se engríe de que ya tiene en el puño al Papa y al clero todo de la nación. De poco le sirve al pobre Arzobispo que grite. Sus gritos no llegarán hasta Roma que está de su parte...

El Arzobispo por su parte, con gran valentía exclama:

«Nuestros padres en la fe no dudaron en dar su vida por la defensa de sus derechos y derramaron su sangre por no querer callar el nombre de Cristo. Yo estoy dispuesto a derramar toda mi sangre por esto mismo».

Eran las fiestas de Navidad de 1170 y estaba el rey con sus cortesanos en el castillo de Bur y en uno de aquellos arrebatos de cólera que tanto sabían ya sus cortesanos exclamó lleno de rabia y con gran furor:

—¡Cobardes, follones!

—¿Qué pasa, señor? Decidnos en qué se puede servir nuestra espada pues ya sabéis que vuestros deseos son órdenes para nosotros.

—¿Cómo que qué pasa? ¿pero es que no véis lo que está haciendo ese clérigo? Vino a mi corte sin una perra chica, comió mi pan y se reveló contra mí. ¿No habrá ningún valiente que me libre de él quitándomelo de enmedio?»

Era natural que hubiera algunos que pensando en la recompensa que les esperaba estuvieran dispuestos a lo que fuera y... se tramó la conjura...

Corría la noticia por la ciudad de que el rey tramaba algo contra el Arzobispo y así se lo hicieron notar. Y el valiente Becket, contestó:

«Estoy en las manos de Dios. No temo el martirio...»

¿Dónde está Tomás el traidor?

La noche del 28 de diciembre, después de rezar con fervor el oficio de maitines, la pasó entregado a la oración... El sabía muy bien que su hora se acercaba...

Pensó en la posibilidad de huir como hizo hace unos años. No le resultaría difícil encontrar vasallos fieles que le ayudarían en la empresa, pero pensó que ahora no debía hacer como entonces... Y se puso en las manos de Dios.

Pasó la mañana del 29 entregado a la oración y piadosas conversaciones con sus clérigos y bajó a comer al mediodía. A eso de las tres de la tarde se presentaron ante él intimándole cuatro esbirros del rey exigiéndole a que firmase un documento de parte del rey en el que se le exigían cosas que él no podía ceder... Y les dijo con gran valor:

«Decidle al rey que no puedo complacerle. Antes son los derechos de Dios que los de los hombres. Y decidle que quien ofenda los derechos de la Iglesia me encontrará en su camino»

Y sin decir más formó una especie de procesión, y con la cruz alzada, se dirigió hacia la Catedral... Allí ya estaban sus enemigos pagados por el rey para asesinarle. El lo sospechaba pero no se amedrantó. Le cerraron las puertas y no le dejaban entrar, y él gritó:

—¡Cobardes, abrid las puertas de la casa de Dios

Y se adelantó hasta el altar. Se oyó una voz que dijo:

—¿Dónde está el traidor? Y el Arzobispo replicó:

—Aquí está el Arzobispo, el traidor no

Se abalanzaron contra él y a hachazos, allí mismo, revestido con los ornamentos pontificales, le dieron muerte.

Y él aún pudo decir:

—Muero por el nombre de Jesús y la defensa de la Iglesia.

JHS



**COLECCION
PIEDAD
INFANTIL**

**Libros infantiles
ilustrados
a todo color**

**APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA**